

NOTAS A UN LIBRO DE ANTONIO SEQUEROS

CONOCIA ya dos libros de Antonio Sequeros: *Prosas de Ayer*—1951—y *Determinantes históricas de la Generación del 98*—1953—. Muchas más cosas ha escrito Sequeros, y muy interesantes por cierto, pero creo que en estas dos obras citadas y en la que voy a analizar, se encuentran la arquitectura de su pensamiento y el logro definitivo de una forma, plasmada en la mejor escuela de carácter levantino.

Prosas de Ayer es un adelanto, mejor dicho, un comienzo, de su *Teoría de la Huerta*. La segunda obra—sobre el 98—está en otra línea, aunque el procedimiento estilístico sea el mismo; es decir, las cosas se ven desde un arista histórica, mejor diría orteguiana, en todo lo que se refiere a la Generación del 98. Prometí hace tiempo a Sequeros una recensión de estas obras; las circunstancias han retrasado hasta hoy la intención, y creo que con acierto, porque de este modo, habrá más amplitud de criterio para hablar del autor y su obra.

Vistas en una misma dimensión *Prosas de Ayer* y *Teoría de la Huerta*, nos dan la sensación de que Sequeros, fino captador de esencias poéticas en su prosa—catalogamos según la nueva técnica a estas obras dentro de la prosa poética y no del poema en prosa—ha volado desde Castilla a Levante—hablamos literariamente—, a esta zona huertana vivida, amada y soñada. En *Prosas de Ayer* hay, como en los del 98, una visión de la Castilla varonil y asceta y otra de la Castilla soñadora y quijotesca; de sus hombres, de sus ciudades y al final, la inquietud en su espíritu del



tema de España, que por otra parte, nos pone en contacto con sus *Determinantes*... Sequeros procede—como tantos de su generación—del 98, en lo tocante al estilo y al pensamiento, pero en esto último, hay que pensar en la diferencia de edad y en la superación de esa etapa negativa de la generación. De Castilla, pues, pasa a Levante, evocando su huerta, a Miró, al pintor Agrasot, a la Catedral levantina o rememorando la semblanza del Guillén andariego por estas tierras del Segura. Aquí está la clave de su *Teoría de la Huerta*. El tema está iniciado y sólo queda profundizar en el ambiente, en los hombres y en los hechos.

La segunda obra, *Determinantes históricas de la Generación del 98*, acusa una fuerte personalidad de ensayista del lado de lo histórico. Se empeña, y lo consigue, en mantener el concepto de generación, dando un soporte innegable de fundamentación histórico-social, como en otro sentido hizo Fernández Almagro. Muy de la mano—y esto se lo reprocho a Sequeros—de Ortega, pues parte de la interpretación orteguiana de la historia, valora la fundamentación de fenómenos tan decisivos en el XIX, como la Restauración, la Monarquía, pérdida de nuestras colonias. Y, sobre un concepto bipartito de libertad y materialismo, que le asigna al XIX, flotan las figuras de Larra, Ganivet, para crear un clima espiritual que desemboca en la aludida generación. Sequeros destaca a Castilla como tema obligado del 98; no podía hacer menos un estilista del paisaje levantino.

Ahora publica Sequeros su *Teoría de la Huerta y otros ensayos*. La primera parte está dedicada a la huerta, la segunda es una colección de ensayos breves. Con esta obra Sequeros se convierte en el cantor de la vega baja del Segura. Si la alta tuvo en Vicente Medina el poeta que la cantara, la baja tiene en Sequeros el prosista que la define. Díaz-Plaja ha llamado a Sequeros hermano menor de Azorín y de Miró, tal vez pensando en el estilo. Yo creo que esta afirmación es cierta, porque tomando una de las constantes de su obra—el paisaje—la doble interpretación-física y humana—le aproximan, en efecto, a los dos levantinos citados. De una parte, Azorín, con su prosa cortada, convirtiendo en poesía todo lo que sus ojos ven; de otra, Miró, calando en lo profundo de la naturaleza humana para darnos también una visión del paisaje desde este ángulo distinto. Ambas cualidades—lo impresionable en su retina y lo observado en su conciencia—se dan la mano en la obra de Sequeros, y en perfecta amalgama dan como resultado esas vivencias tan al natural.



La huerta de Sequeros—expresión geográfica y natural—va desde Murcia a Guardamar y presenta junto a la voluptuosidad norteafricana, las delicias y la delicadeza mediterránea. Muy compenetrado con ella, enamorado de su luz—única—proyecta en su adecuado marco la expresión salzillica, las criaturas rabínicas de Miró o el espíritu del pintor Agrasot. No es posible en la narración, ni en la plástica superar imágenes tan vivas como las que Sequeros nos da del río—símbolo en el alma del huertano—, de la palmera, del naranjo. La barraca nos sugiere estampas de Vicente Medina; la esencia de los pueblos—Cox, Dolores, Benjúzar, Almoradí, Orihuela— los mejores momentos de Azorín, que mira a Castilla buscando en los pueblos su alma; lo tradicional en las costumbres huertanas—las campanadas—un acierto digno de Meillet; finalmente, la imagen de la noche de huerta, las fiestas, cuadros coloristas a lo Sorolla.

No se puede, a mi juicio, describir este Levante de luz y de paisaje sin ser levantino; he aquí la clave que individualiza a los escritores de esta región. Sequeros, levantino, aprendió cosas en Castilla, pero volvió a su tierra y trajo de Castilla una profundidad de pensamiento que ahora aboca al describir estas tierras. Para mí, la importancia capital del libro de ensayos radica en que en este intento logrado de captar esencias huertanas, el tiempo—como en el maestro de Monóvar—ocupa un lugar importante. El tiempo, pues, es también preocupación de Sequeros y esto le aparta bastante de Miró. Justifica ese ansia insatisfecha que se respira a través de los ensayos, ese tránsito—mejor dicho, el inestable equilibrio—entre lo que fueron las cosas y lo que son hoy, producto de una evolución ultramodernista. Y esta rememoración tan bien traída—como en el caso de la barraca—forma lo fundamental de esta obra. La huerta tan querida de Sequeros, tan querida de él, se nos va, como se nos han ido tantas cosas de nuestro acervo tradicional. A este propósito recuerdo una conferencia dada en la Cátedra Saavedra Fajardo por D. José Ballester, en la que igualmente rememoraba la Murcia entre dos siglos—XIX-XX—, la Murcia que fué y la Murcia que hoy conocemos los de una generación más joven.

Si la primera parte de la obra de Sequeros es descripción física de la huerta la segunda es una inquietud ante la humanidad huertana. De nuevo un ensueño del ensayista vuelve a las romerías, a las leyendas, a las tradiciones y se convierte en juglar enamorado del pasado.



En el apartado «ensayos breves» hay una preciosa descripción del itinerario Almoradí-Torre Vieja, itinerario de contrastes, de sugerencias, de poesía. Sequeros ha captado—siendo quizá su más caracterizado intérprete—el sentido de la habanera—tan en moda hoy—nacida al calor del 98, en tiempos de desilusión; la habanera, evocadora de recuerdos fallidos, es canción levantina y marinera por excelencia. Magnífico el ambiente literario de Orihuela en los años anteriores a la guerra, en donde se incuban los malogrados poetas Miguel Hernández y Gabriel Sijé, o donde surge con aires de renovación la revista «Gallo Crisis». La nostalgia de un Azorín que no escribe y el carácter autobiográfico que descubrimos en el último ensayo «La tristeza de un viejo profesor» cierran este magnífico libro de ensayos que completa y madura la obra de Sequeros.

Pero esto es lo externo de la crítica. Hay algo más que interesa destacar. En el Sequeros que describe hay una raíz, una preocupación, una inquietud que procura inyectar en sus páginas a cada paso. La magnitud de los problemas que enmascara con lo puramente exterior es importante, sobre todo cuando en contacto con los estamentos humanos de esta huerta, procura estirpar su dosis de disimulada melancolía, para lanzarse al canto optimista a una región, cuyas bellezas apenas si lo necesitan. Pero el secreto de su arte está aquí precisamente: del complejo mundo que presente y toca, Sequeros sabe abstraer lo que es apto para convertirlo en materia poética y crear un estilo, que con precedentes—ésta es la verdad—destaca por su originalidad. Sequeros se empeña en crear un estilo propio y lo consigue. De período, no tan cortado como el de Azorín, ni tan pastoso a fuerza de recursos poéticos como el de Miró, se muestra fácil y su período sintáctico, en el que predominan los signos menores de puntuación para no cortar la expresión, no da la sensación de plasticidad machacona ni tampoco de acumulación oleaginosa, pero sí una ligereza y agilidad estilística, unido esto a una sencillez y amenidad características. Mas Sequeros no olvida sus lecturas de clásicos y amplios conocimientos, y así, de vez en cuando su prosa se ve asaltada por algún arcaísmo—*cabe, otrora, luengos, ora*—o reitera expresiones como ésta: «de puro fabulosa».

La edición es perfecta en cuanto a su preparación, sin erratas importantes y con un retrato del autor e ilustración en la portada.



